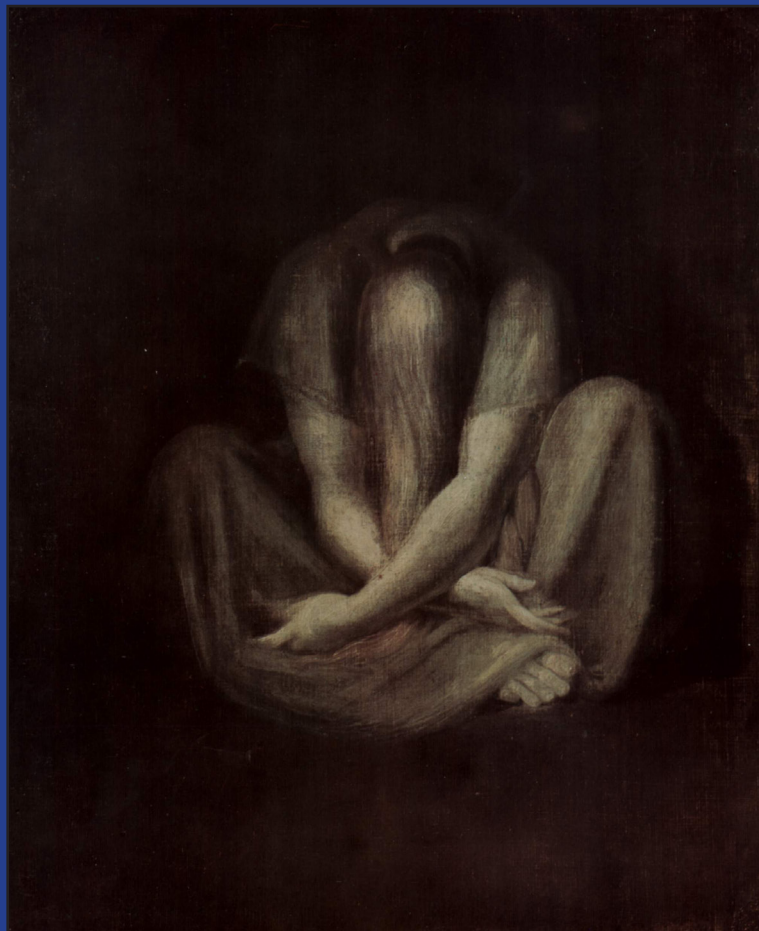


Guillermo Heras

*Trilogía de ausencias*  
*Otros rasguños*

*(Pesadillas de Sylvia)*

Prólogo de Carla Matteini



**Anagnórisis**

**1ª edición, 2012**

Ilustración de cubierta: *Silencio* de Johann Heinrich Füssli (1800).

**Reservados todos los derechos. No se permite reproducir ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.**

**© Editorial Anagnórisis**

**© Guillermo Heras, 2012**

**© Del prólogo: Carla Matteini, 2012**

**ISBN: 978-84-15507-08-6**

**Depósito legal: B-19086-2012**



## De muñecas y sueños

Si una definición del teatro contemporáneo ha sido unánimemente aceptada, es la de multidisciplinar. Este concepto, que empezó a aplicarse ya en los años 70 con la irrupción de las nuevas tecnologías, no deja lugar a dudas en este siglo, cuando la actividad profesional transita a menudo por todos los territorios de la práctica escénica. Muchos dramaturgos jóvenes, más o menos «consagrados», dirigen sus textos, a veces en todo el arco de la puesta en escena: iluminación, espacio sonoro, escenografía, etc. ¿Intrusismo, como se dudó al principio? No, más bien parece necesidad de unidad, y de una coherencia que arroje y defienda la identidad autoral.

Guillermo Heras lo ha sido prácticamente todo en el mundo teatral: director de escena, gestor de un teatro institucional tan rompedor y avanzado como el Centro

---

de Nuevas Tendencias, iluminador y organizador de la música (ahora se llama «espacio sonoro»), coreógrafo en sus montajes, iniciador y director de una Muestra dedicada a la promoción y divulgación de dramaturgos españoles como la de Alicante... ¿hay quién dé más? Pues sí, parece que la materia textual ha atraído poderosamente a Heras en los últimos años, hasta tal punto de que su actividad como dramaturgo es ahora casi incesante, y sus obras se representan con éxito en otros países. Sus numerosos textos son a veces algo oscuros, y nos preguntamos al leer dónde quiere llegar el autor. Pues bien, a veces se aclaran y otras no, pero que Heras llega donde quiere es evidente. Y sin dar pistas.

Creo que lo más curioso, insólito y sorprendente de su trabajo como dramaturgo es la carencia de un estilo. Críticos y teóricos teatrales aún tratan de rastrear en los autores contemporáneos un «estilo» identitario. Ante todo, habría que ponerse de acuerdo sobre qué se entiende por «estilo», reconocible en algunos autores, más oscuro en otros. Si es por las estrategias dramáticas, en la escritura de Heras

estas varían con total impudicia, la misma con la que utiliza referentes y homenajes de manera transparente. Pero si pensamos en una temática, casi una fijación que aparece, subtextual o evidente, sí podemos reconocer una inquietud ante un fenómeno que ha invadido todas las instancias de la vida contemporánea: la violencia. No necesitamos ponerle nombre ni apellido, sabemos que está, oculta o desafiante, en todos los ámbitos, hasta en la calle, no solo en guerras, gobiernos o mercados.

En Heras esa violencia es núcleo textual, muy distinto en las dos obras que comentamos: poético y con aliento clásico en *Trilogía de ausencias*, más realista, aunque envuelto en un sueño-pesadilla, en *Otros rasguños*, testimonio no disimulado de las angustias y neurosis de nuestra contemporaneidad.

*Trilogía de ausencias* es para mí un cuento, perverso como todos los cuentos, siempre llenos de violencia y engaños, recordemos a Bettelheim. Podría ser un «remake» de uno de los clásicos, con el viajero/cazador, un tanque/lobo, una heroína-muñeca autómatas, que revive al completarse en

---

una imagen perturbadora. Es una visión parcial, pues el breve texto es rico en imágenes y homenajes. Así, el diálogo inicial de los dos ciegos, sintético y rápido, casi pinteriano, imprime un ritmo al arranque que mutará al encontrarse el viajero con un grupo de ciegos en una especie de poema a lo Müller, pero con esos destellos de ironía tan típicos del autor. Aquí ecos de Edipo, de Orestes, de ese mundo clásico que siempre fascina a Heras, se mezclan con citas de canciones, y con la narración del horror del mal, encarnado en los tanques de Praga. ¿Qué busca el viajero? Sin él saberlo, su novia-autómata, inquietante como la criatura del Doctor Coppelius de E.T.A. Hoffman, será su Ítaca, y reconstruida y completada cerrará el viaje y la espera.

Si *Trilogía de ausencias* tiene estructura de cuento, *Otros rasguños* es más directa y amarga. Homenaje entregado a Sarah Kane, su protagonista padece las mismas angustias, el mismo dolor, y toda la historia parece formar parte de un sueño de principio a fin. Sueño o pesadilla, según anuncia el subtítulo. Enfermedad mental, violencia médica, miedo, angustia y, sobre todo, soledad como marcas significantes

del personaje, dolorosamente real en el caso de Kane, desolada ficción en el de la Mujer del texto. Nos preguntamos por los cuatro personajes-asesinos,-¿psicópatas?-, quiénes son, por qué la Mujer los interroga sobre sus cuatro diferentes pulsiones para matar. ¿Existen en la ficción, o son proyecciones de la mente turbada de la mujer, casi unos fantasmas que dialogan sobre «su» particular violencia? En todo caso, la estrategia dramaturgica es hábil y brillante, con sus diversos planos: sueño-pesadilla que tal vez lo englobe todo, el lugar mental donde están, a puerta cerrada como el infierno de Sartre, esa doble utilización de la terapia, sin que sepamos claramente si la Mujer es también médico psicóloga o solo víctima, como se consideraba y era Kane.

Este segundo texto nos es tal vez más próximo por su conexión con prácticas médicas y con realidades tan de hoy como son la depresión y la ansiedad, y el homenaje a Sarah Kane flota en ese estado de delirio y ensoñación, enriquecido por imágenes poéticas y hermosas metáforas, como las del futuro.



*Trilogía de ausencias* es un cuento pequeño y precioso que desemboca en lo siniestro mediante la poderosa imagen final. *Otros rasguños* es una crónica del malestar, emblema del siglo, que acaba con el mismo ruego de Sarah Kane en *4.48 Psicosis: por favor, dejen la luz encendida*. ¿Pesadilla o triste ensoñación?

Heras, como casi siempre, escribe textos exigentes y no hace concesiones ni ayuda al lector más de lo imprescindible, para que busque y encuentre por sí mismo los secretos del texto.

**Carla Matteini**

*Trilogía de ausencias*  
de Guillermo Heras

# I

## PRIMERA AUSENCIA

*Apenas un espacio blanco lleno de luz. En algún lugar una extraña caja.*

CIEGO 1.- ¿Oyes el ruido del mar?

CIEGO 2.- Confundes los sentidos?

CIEGO 1.- Nunca me dejas imaginar.

CIEGO 2.- Imaginar es tarea de idiotas.

CIEGO 1.- Prefiero ser un idiota a estar continuamente aburrido.

CIEGO 2.- Te falta vida interior.

CIEGO 1.- ¿Recuerdas Praga?

CIEGO 2.- Los tanques.

CIEGO 1.- La primavera.

CIEGO 2.- Los versos de Vázquez.

CIEGO 1.- «No hay lenguaje sin metáforas

Muerte es metáfora de la nada

No es la vida es la rosa

No es la Historia es el tanque

Ni siquiera Praga es Praga

Ni siquiera

Propiamente

Una sinfonía inacabada»

CIEGO 2.- Una sinfonía que sobraba. Olvidar me resulta cotidiano.

CIEGO 1.- Una niña paseaba la muñeca.

CIEGO 2.- Lloraba con su extraño mecanismo interno.

CIEGO 1.- Pero no le caían las lágrimas.

CIEGO 2.- Solo su monótono sonido.

CIEGO 1.- Saliendo de sus entrañas.

CIEGO 2.- La niña acunaba la muñeca

CIEGO 1.- Y el tanque pasó sobre ellas.

CIEGO 2.- Lo imaginas.

CIEGO 1.- Dudo de las certezas.

CIEGO 2.- Antes no dudabas.

CIEGO 1.- ¿Antes?

CIEGO 2.- De la entrada de los tanques.

CIEGO 1.- Eran otros tiempos.

CIEGO 2.- Para guardar en la memoria.

CIEGO 1.- Tiempos de viejas sensaciones.

CIEGO 2.- De canciones nostálgicas.

CIEGO 1.- Gardel.

CIEGO 2.- No habrá más penas ni olvido

CIEGO 1.- Cadícamo.

CIEGO 2.- Muñeca brava.

CIEGO 1.- Celedonio Flores.

CIEGO 2.- Mano a mano.

CIEGO 1.- Homero Manzi.

CIEGO 2.- El milagro.

CIEGO 1.- Armando Portier. Y Homero Expósito.

CIEGO 2.- Malena.

CIEGO 1.- Tus ojos son oscuros como el olvido.

CIEGO 2.- Tus labios apretados como el rencor.

CIEGO 1.- La niña la arrojó con violencia al suelo.

CIEGO 2.- Entonces... ¿Fue la muñeca?

CIEGO 1.- Quizás.

CIEGO 2.- Pero el tanque avanzó.



CIEGO 1.- Especulas.

CIEGO 2.- Oí el crujido.

CIEGO 1.- Imaginas.

CIEGO 2.- Alguien tomo los trozos de porcelana.

CIEGO 1.- Deliras.

CIEGO 2.- Desde entonces fue casi imposible recomponer su  
rostro.

CIEGO 1.- Sueñas.

CIEGO 2.- La madre no abrió la boca.

CIEGO 1.- Calló, como callaron muchos.

CIEGO 2.- ¿Acaso un reproche?

CIEGO 1.- Una constatación

CIEGO 2.- Perra vida.

CIEGO 1.- Anochece...

CIEGO 2.- Me sigue admirando tu instinto.

CIEGO 1.- También los animales olfatean la tormenta.

CIEGO 2.- Pero nadie pudo parar los tanques.

CIEGO 1.- Ni siquiera la muñeca de porcelana.

CIEGO 2.- ¿Y la niña?

CIEGO 1.- Pregunta estúpida.

CIEGO 2.- Pudo salvarse.

CIEGO 1.- Nadie se salvó.

CIEGO 2.- Los restos de la muñeca.

CIEGO 1.- Cuerpo amputado.

CIEGO 2.- Pero sobreviviente.

CIEGO 1.- A veces es preferible morir.

CIEGO 2.- Me inquietas.

CIEGO 1.- Acepta lo evidente.

CIEGO 2.- Me niego.

CIEGO 1.- Oíste el crujido.

CIEGO 2.- La niña no gritó.

CIEGO 1.- Había otros ruidos.

CIEGO 2.- Se me olvidaron.

CIEGO 1.- Demasiada confusión.

CIEGO 2.- Demasiados tanques.

CIEGO 1.- Podemos recordar otros momentos más agradables.

CIEGO 2.- ¿Qué momentos?

CIEGO 1.- Los que pasamos al borde del mar.

CIEGO 2.- Nunca estuvimos al borde del mar.

CIEGO 1.- Eres demasiado literal.

CIEGO 2.- Te abandonas a tus sueños.

CIEGO 1.- ¿No eras tú el que soñaba?

CIEGO 2.- La madre ni siquiera pudo abrir la boca.

CIEGO 1.- El tanque aplastó la muñeca.

CIEGO 2.- Nunca ganaremos una guerra.

CIEGO 1.- Ni siquiera una simple batalla.

CIEGO 2.- Nosotros no tenemos tanques.

CIEGO 1.- ¿Por qué esa obsesión con los tanques?

CIEGO 2.- Porque aplastaron la muñeca.

CIEGO 1.- Tienes otras.

CIEGO 2.- ¿Y la niña?

CIEGO 1.- Hubo mucha confusión. Tal vez huyó.

CIEGO 2.- Pero la muñeca quedó destrozada.

CIEGO 1.- Una baja de guerra.

CIEGO 2.- ¿Cuántas muñecas se perdieron?

CIEGO 1.- Olvídalo.

CIEGO 2.- A veces siento esa tentación.

CIEGO 1.- Debes abandonar los fantasmas.

CIEGO 2.- Entonces solo nos quedarían imágenes vacías.

CIEGO 1.- ¿Imágenes?

CIEGO 2.- Vacías.

CIEGO 1.- Como nuestros ojos.

CIEGO 2.- No digas obviedades. Siempre nos quedarán los

recuerdos.

CIEGO 1.- Y los restos de la muñeca.

CIEGO 2.- Mejor sería desprenderse de ellos.

CIEGO 1.- ¿Y si alguien viene a buscarla?

CIEGO 2.- Podríamos mentirle.

CIEGO 1.- Habría hecho un largo viaje.

CIEGO 2.- Un auténtico viajero nunca espera encontrar el horizonte.

CIEGO 1.- Literatura.



CIEGO 2.- Algo necesario.

CIEGO 1.- Pero... ¿has pensado en ella?

CIEGO 2.- ¡Calla! Puede oírnos.

CIEGO 1.- Es muy susceptible.

CIEGO 2.- Tiene motivos.

CIEGO 1.- Será mejor dejarlo para otro día.

CIEGO 2.- Sí, será mejor.

CIEGO 1.- Vete a dormir. Tal vez el sueño calme nuestros recuerdos.

CIEGO 2.- O puede que los convierta en realidad.

CIEGO 1.- No seas iluso.

CIEGO 2.- Solo optimista.

CIEGO 1.- Buenas noches. No olvides despedirte de ella. Sabes que luego se inquieta.

CIEGO 2.- Jamás me lo perdonaría.

*Un tiempo indefinido.*

## II

# La Oscuridad

*Un espacio abstracto.*

Lento caminar de un grupo de ciegos  
Crepúsculo anotado en el cuaderno de ruta  
Al fondo, paisaje sin figuras  
Naturalezas muertas, sombras extrañas  
El viajero reflexiona  
La mirada fija en un punto  
Piensa en el paso fugaz del tiempo  
En su salida precipitada de la gran urbe  
Las huellas del pasado le parecen ajenas  
Las mujeres que amó  
Los libros que leyó

Una casa, unos muebles, unos cuadros  
Materiales de derribo en la memoria  
Solo un libro en la mochila  
Emblemático  
¿La vida es literatura?  
El viajero saca la cantimplora  
Bebe a pequeños tragos  
Fugaz recuerdo de Edipo  
¿Estamos lejos del pueblo?  
La pregunta le inquieta  
No sabe la respuesta  
Ando sin rumbo, contesta  
A su modo, usted también es ciego  
Siente un escalofrío  
Aún puedo ver el horizonte  
El horizonte de nada es nada  
El grupo de ciegos dio un paso atrás  
El viajero, impasible, movió la cabeza  
Los perros siempre olfatean la tormenta  
Señor, ¿no sabe dónde está el pueblo?

Otra vez la misma pregunta  
Taladró su cerebro  
Su silencio desconcertó al grupo

Perdidos en ese espacio vacío  
Empezaron a dar vueltas sin sentido  
Círculos, circunferencias, círculos  
Vueltas y vueltas sin eje  
Ceremonia de derviches angustiados  
Ante la mirada impasible del viajero  
El baile imparable del grupo de ciegos  
Coincide con el lento caer de la tarde  
El viajero, ahora, vuelve a anotar  
Cualquier rito le acerca a otras imágenes  
Algunas son falsas  
Nunca las vivió  
Quizás son recuerdos cinematográficos  
O lecturas de páginas lejanas  
Apunta en el cuaderno  
Otro día, en otro espacio, podrá recordar

Puesto que he de huir y en mi destierro  
No he de ver a los míos, ni pisar mi patria,  
O, en otro caso, he de casarme con mi madre  
Y de matar a Pólipo, que me engendró y crió  
¿No se puede decir que todo ha sido imaginado  
Contra mí por un Dios lleno de crueldad?  
¡Que no vea yo ese día, dioses  
Y si es así que desaparezca de la vista de los hombres  
Antes de tener que ver que cae sobre mí  
La mancha de tal infortunio!  
El grupo de ciegos, exhausto, paró de golpear  
Estatuas de arena  
Escuchan el viento  
¿Adónde vuela mi voz llevada por el aire?  
El viajero rememora otro pasaje del clásico  
¡Ay de la oscuridad  
Nube mía que estremece, que me envuelve indecible,  
invencible, traída por el viento del dolor!  
¡Como me atraviesa al mismo tiempo  
el dolor de la herida y el terrible recuerdo!

Anochece. Sombras furtivas

El grupo de ciegos inmóvil

El viajero expectante

Perdidos sin sentido

Ceremonia cíclica de ecos primitivos

Las ciudades son un simple punto en un mapa

Los mapas un simple código de palabras

¿Cómo comprender la autentica altura del Kilimanjaro?

¿Y la extensión del Río de la Plata?

La ficción de la cartografía

La fricción con la realidad

El viajero tiene una nueva imagen

Recuerdos de Argentina

Aquel texto leído en un libro de teatro

No era Borges, no era Sábato

En la tapa ponía, Veronese

Apuntó aquel dato sin fecha

Ahora él veía a los ciegos

Y reflexionaba sobre la oscuridad

Ahora el grupo de ciegos sentado en el suelo  
La conciencia del rumbo perdido  
La resignación, los gritos ahogados  
¿Podría un ciego representar a Edipo?  
Lo verosímil de la vida  
Lo inverosímil del teatro  
Señor, no tenga pensamientos extraños  
La voz, entre las sombras, le perturba  
Ya no podía escribir  
Si echaba a andar solo encontraría la noche  
Si se quedaba allí solo escucharía preguntas  
Señor, ¿qué hora es?  
Tiré los relojes hace tiempo  
Una extraña forma de ocultarse la verdad  
La verdad no existe  
Vuelve a engañarse  
De pronto, otra vez, el silencio  
Penetraba en sus oídos  
Era más potente que un disparo  
El viajero saca una linterna



---

El grupo de ciegos, inquieto, se levanta  
Hacen extraños movimientos  
La linterna ilumina sus caras  
Terror interno, impasibilidad externa  
¿Qué es lo que está pasando?  
En primer lugar, comprender  
Recuerde: no se trata de comprender  
El placer no es menor cuando uno siente, adivina,  
Sabe que al deseo se le tienden esas trampas  
El cuerpo está con el rey,  
Pero el Rey no está con el cuerpo  
El goce es para cada uno, aún cuando lo ignore, una  
certeza.

Su cerebro se desliza, lentamente, hacia la debacle  
Lo que en un momento le pareció posible  
Ahora se estaba convirtiendo en pesadilla  
La oscuridad le penetraba  
Aquellas figuras, antes certeras, se desvanecen  
Fantasmas al acecho en su quietud amenazarte

No entendía, se inquietaba  
El viajero intento pensar en el pasado  
Aquellas lecturas  
Mujeres aceitadas como ratas de barco  
O el novio que vino del mar  
De madre marina y padre tiburón  
Que habían suscitado sus recuerdos  
Se convierten ahora en un torbellino de nombres  
De páginas de un autor  
Gigante de ficciones pasadas  
Y laberintos futuros  
Joseph Cartaphilus, Azebedo Bandeira,  
Juan de Panonia, Tadeo Isidoro Cruz,  
Aaron Lowenthal, Isaac Laquedem,  
Abejacán el Bojarí, Alejandro Villari,  
Juan Crisóstomo Lafinur o Carlos Argentino Daneri  
Pasean, furtivos, por su memoria encendida  
Desgarrado territorio de máscaras  
Apenas reconoce sus facciones  
Entre el carnaval furioso de una cámara de espejos

Y allí, parado, sobresaliente  
Apareció Abulcasím Al- Ashari, otro viajero  
Le susurró al oído palabras ininteligibles  
Sobre rutas imposibles de sus tierras marroquíes

Súbitamente, nuestro viajero, atravesó el espejo  
Y su ensoñación se rompió en mil pedazos  
La oscuridad le envolvió totalmente  
Y ya no veía nada  
Anduvo a tientas y comprobó que estaba solo  
Solo en la inmensa llanura.  
Arroja el cuaderno de notas  
Y lanza un gemido melancólico.  
Vivid donde el azar os lleve  
Y encontrad mejor vida  
que el padre que os dio el ser.

Ya no tiene certeza del camino  
Por eso el viajero se echó a andar sin rumbo.  
Esperaba que su instinto le guiara.

Aunque en el fondo de su corazón  
La inquietud le atenazó entre sus sombras.

### III

## El reencuentro

*En el espacio de la primera escena.*

VIAJERO.- Me llegó la noticia de su búsqueda afanosa. Desde aquel día en que abrí los ojos y ya no pude ver nada me he entregado a la inútil tarea de intentar comprender. Todos dicen que son imaginaciones mías. ¿Qué importancia tiene? Ficciones. Laberintos. Fantasmas del pasado. Aquí tienen estos trozos de una muñeca. Aparecieron en mi mochila. No forman parte de mi vida. Oí rumores, escuché murmullos, sentí una llamada... Por eso he venido. A entregarles los restos de una memoria.

CIEGO 1.- Nunca le estaremos lo suficientemente agradecidos.

CIEGO 2.- ¿Estuvo usted en Praga?

VIAJERO.- Jamás.

CIEGO 1.- No todo tiene que tener una explicación.

VIAJERO.- Desde aquel día vivo en oscuridad.

CIEGO 2.- Acabará por asumirlo.

CIEGO 1.- Si no lo hace, vivirá eternamente infeliz.

CIEGO 2.- ¿Le asustan los tanques?

VIAJERO.- Como cualquier máquina de guerra.

CIEGO 1.- Si no hubieran entrado los tanques en Praga, usted no habría encontrado estos trozos de porcelana y nosotros no la habiéramos encontrado a ella.

VIAJERO.- ¿Una mujer?

CIEGO 2.- Era una niña.

CIEGO 1.- Salió corriendo.

CIEGO 2.- Dejó la muñeca abandonada.

CIEGO 1.- El tanque arrolló parte de su cuerpo.

CIEGO 2.- Tuvimos muchos problemas para recuperarla.

CIEGO 1.- Y siempre faltaron estos restos.

CIEGO 2.- Ella ha estado siempre inquieta.

CIEGO 1.- Mutilada.

CIEGO 2.- Esperando este momento.

CIEGO 1.- Ahora su rostro alcanzará su belleza original.

CIEGO 2.- Ni siquiera la fuerza del tanque destruyó sus encantos.

CIEGO 1.- Solo los dejó mermados.

VIAJERO.- Ahora necesitaría mi cuaderno de notas. Intentaría situar de una manera racional todo lo que me está pasando. Sin duda puede que sea un sueño. O si lo prefieren una pesadilla, pero necesito salir de ella.

CIEGO 2.- Es curioso, también nosotros soñamos que soñábamos.

CIEGO 1.- Pero evidentemente la certeza es que usted está aquí, que nos ha entregado nuestro preciado tesoro y que nos vemos en la obligación, y el deseo, de agasajarle como se merece la ocasión.



CIEGO 2.- Es una lastima que no pueda verla, es de una belleza sublime.

CIEGO 1.- Ni siquiera Jacques de Vaucanson, Pierre Jacquet-Droz, Jean-Frédéric Leschot o Wolfgang von Kempelen pudieron soñar nada parecido.

VIAJERO.- No sé de qué me hablan.

CIEGO 1.- Ustedes los viajeros pasan por la vida contemplando paisajes, pero rara vez penetran en el alma de la gente.

CIEGO 2.- Sus laberintos son como un cuadro estático en el que cuando aparece el minotauro huyen corriendo con tal de no averiguar la auténtica condición de esa singular criatura.

CIEGO 1.- Así es nuestra criatura, singular, admirable, encantadora, plena de sensibilidad y seducción.

CIEGO 2.- Aquel maldito tanque estuvo a punto de arrebatárnosla.

CIEGO 1.- Aquella estúpida niña la dejó abandonada a su suerte.

CIEGO 2.- Recogimos su cuerpo, palpamos sus extremidades, recorrimos los pliegues de su territorio, arreglamos sus más dolorosos desperfectos.

CIEGO 1.- Pero nos faltaban estas piezas que ahora la convertirán en un modelo ideal, irrepetible.

CIEGO 2.- No podrá verla, pero podrá sentirla.

CIEGO 1.- Como hemos hecho nosotros durante tanto tiempo.

*En ese momento el CIEGO 1 se dirige a una caja que ha estado presidiendo el espacio blanco y vacío. Abre un resorte y aparece una muñeca/autómata con un aspecto raramente humano, pero cubierto*

*de porcelana y con claros signos de rupturas en parte de su rostro. La imagen debe ser perturbadora y ambigua.*

CIEGO 2.- Aquí la tiene. Puede palparla con delicadeza para que pueda imaginar cuanta perfección atesora su cuerpo.

CIEGO 1.- Tantas veces lo hemos recorrido que sabemos perfectamente donde rehacer sus fisuras.

*El VIAJERO se acerca a la muñeca y con ciertos reparos palpa sus brazos.*

VIAJERO.- ¡Que tacto más extraño! Creo recordar un libro que leí en mi juventud y que, de noche, me producía mucho desasosiego. *(Saca un libro y lee:)* «Me resultan sumamente desagradable todas estas figuras que no tienen aspecto humano, aunque sin embargo, imitan a los hombres, y tienen toda la apariencia de un muerte viviente, o de una vida mortecina. Ya en mi más tierna infancia, yo echaba a correr llorando cuando me llevaban

al gabinete de las figuras de cera, y todavía hoy no puedo entrar en uno de esos gabinetes sin que me sobrecoja un sentimiento horrible y siniestro. Tendría que gritar las palabras de Macbeth: ¿Que miras con esos ojos que no ven?, cuando contemplo fijas en mí, las miradas muertas, quietas y vidriosas de todos esos potentados y héroes famosos y asesinos y criminales. Estoy convencido de que la mayoría de los hombres participan de este mismo sentimiento, aunque no en tan alto grado como yo, no tenéis más que ver como la multitud desfila en silencio ante el gabinete de figuras de cera y hablan en voz baja y no se oye una palabra siquiera, y no lo hacen por respeto a los personajes importantes, sino que se ven obligados a este pianissimo debido al efecto siniestro y misterioso que reina allí»

CIEGO 2.- Me alegra que conozca los clásicos.

CIEGO 1.- Nunca se había demorado en los goces de la memoria.

Las impresiones resbalaban sobre él, momentáneas y vívidas; el bermellón de un alfarero, la bóveda cargada

de estrellas que también eran dioses, la luna, de la que había caído un león, la lisura del mármol bajo las lentas yemas sensibles, el sabor de la carne de jabalí que le gustaba desgarrar con dentelladas blancas y brucas, una palabra fenicia, la sombra negra que una lanza proyecta en la arena amarilla, la cercanía del mar o de las mujeres, el pesado vino cuya aspereza mitigaba la miel, podían abarcar por entero el ámbito de su alma.

VIAJERO.- ¿Se puede vivir solo con los recuerdos?

CIEGO 1.- Se puede sobrevivir.

VIAJERO.- Entonces este último viaje no tendrá otro efecto que la restauración de su muñeca.

CIEGO 2.- Se equivoca. Nuestra tranquilidad irá acompañada de un bien balsámico para su alma.

VIAJERO.- ¿Podré recuperar mi vista?

CIEGO 1.- Hay cosas que cuando se pierden son imposibles de volver a encontrar.

CIEGO 2.- Vuelva a recordar: «Cuando supo que se estaba quedando ciego, gritó: el pudor estoico aún no había sido inventado y Héctor podía huir sin desmedro»

CIEGO 1.- «Ya no veré ni el cielo lleno de pavor mitológico, ni esta cara que los años trasformarán».

CIEGO 2.- Pero el destino le trajo hasta aquí y nosotros debemos ser generosos.

CIEGO 1.- Por eso a partir de ahora usted se convertirá en su esposo.

CIEGO 2.- Tómela de la mano. Ella da su consentimiento.

CIEGO 1.- Usted le ha devuelto las partes que le faltaban desde hace mucho tiempo.

CIEGO 2.- Con ellas ha sellado un pacto eterno.

*La luz se centra en una perturbadora imagen en la que el viajero, después de un momento de indecisión, abraza a la muñeca y, poco a poco, acaricia la cara de la misma hasta que sus dedos llegan a los ojos de esta. Una lágrima se desliza por las mejillas del viajero.*

*Oscuro.*

**FIN**

*Otros rasguños (Pesadillas de Sylvia)*  
de Guillermo Heras



# I

*Mujer en soledad.*

UNA MUJER.- Todo el mundo dice que tengo mucho talento.

No me sirve de consuelo. ¿Por qué en la vida no nos dejan elegir nuestros deseos? Mis sueños son mi placer verdadero. Cuando despierto, nada de lo que allí disfrutado, se hace tangible. Mi familia como una prisión. Mi entorno oprimiendo mis deseos. No es cierto que todo se pueda sublimar en la literatura. Esa es una pequeña salida. Una válvula de escape ocasional. Escribir sobre la felicidad no significa que eres feliz. Perderme en el laberinto. Reírme del Minotauro cuando lo encuentre.

Esperar.

Resistir.

Caer.

Aguantar.

Mentir.

Soportar.

Estallar.

Escupir.

Odiar.

Despertar.

Y estar siempre en el mismo lugar. Parece que lo que dices nunca se entiende. Eres tú y eres otra. Te escucho mientras hablas y me reprochas mis actos. Tu severidad se convierte en algo grotesco. Quieres imponerte a fuerza de insistir en temas que nada significan para mí. Soledad. Desierto. Muralla. Hueco. Criaturas con nariz de caracol miran ensimismadas y brillan. Morir es un arte. Si Otelo no hubiera sido negro quizás se le perdonarían sus celos. Yo, blanca, ardo ante los machos engreídos. Me desgarró porque sufro. Sola queriendo estar acompañada. En silencio pero queriendo chillar. Como gato he de morir siete veces. Morir es teatral.

---

Vivir, grotesco. Amar, un infierno. Tengo una enloquecida docilidad para ocultar mi volcán interno. Máscaras. Marido. Amante. Jaulas. Precipicios. Huyo bajo los árboles invernales. Solo encrucijadas. Desde las cenizas me levanto. Devoro hombres como el viento. ¿Por qué dicen que se ve al fondo un agujero oscuro? Yo no lo he visto. Desafío al entendimiento. Me sumerjo en bosques invisibles. Territorios de brujas que predicen que nunca seré reina de Cawdor. Ruidos de abejas reinas. Zumban. Escapan. Oigo sus melodías sin ritmo. Aparecen tres terribles maniqués sin rostro. Macbeth. Ofelia. Próspero. Falstaff. Ricardo. Cabezas cortadas. Rostros maquillados. Paisajes en ruina. Y corro, corro desesperadamente hacia ningún lugar. Me vuelven las canciones de soledad que me acompañaban en mis ritos maternos. ¿La nariz, las cuencas vacías, los dientes? Preguntas estúpidas. Las que pronuncian los otros. Pronto, muy pronto, la carne que la tumba devoró se sentirá bien en mí. Cirugía plástica. Trastornos. Tus propias limitaciones te crucifican. Soy yo, soy yo, soy

yo, soy yo, soy yo... El curso de la vida no es suficientemente largo. Un hombre que se hace llamar mi padre golpea, furioso, la puerta de mi cuarto. Miedo. Con el tiempo aprendes a superar la angustia. ¿O no? Su sombra, su presencia, su olor. El futuro es una gaviota gris que con voz de gato susurra la partida. Vas hacia la puerta, la abres y no hay nadie. ¿Dónde te escondes? Esto no es un juego. Piensas otra vez el Minotauro pero su figura está vestida con un traje gris y una corbata azul marino. Los ángeles lloran pero sus lágrimas quedaron congeladas. Y un golpe, y otro golpe, y otro golpe, y otro golpe en mi cerebro. Aparece un anestesista vestido con una bata verde. Me pinchan en el brazo. Ya no siento dolor. Solo degradación. Tu cuerpo al servicio de un diagnóstico. Tus venas como surcos apagados. No te preocupes, todo saldrá bien. ¿Qué significa eso? ¿Dónde está la bondad para tus ansias? Y vuelvo al sueño. Me entrego a su ceremonia para sobrevivir un día más. Volveré a pasear entre los árboles que conducen a la casa solitaria de mi primera juventud. Allí los juegos

eran posibles. Inventaba personajes que me amaban. No había castigos. No había enemigos. No existía el miedo. Los colores se imponen como una especie de venganza. Luego, la luna. Su resplandor magnético. Las sombras de los cipreses ahora parecen figuras amenazadoras... pero ahí no tienes miedo, sabes que es la pura naturaleza. Pero por mucho que huyas hacia el pasado, el desfile de batas blancas, de agujas clavadas, de diagnósticos terribles, de voces en coro que pronostican un futuro sin futuro, acaban por no significar nada en tu cuerpo. Meditaré acerca de la normalidad. Sí, quiero llevar una vida normal. Quiero amar, cocinar, pasear, viajar, leer, follar, reír o llorar de placer. Y para eso escucho la voz que me susurra al oído: “Tendrás que descubrir, aceptar y aprender a convivir con tus verdades más duras, con tu entorno del pasado y del presente y abandonar tus sentimientos de culpa”. Y para ello me preparo. Quiero hablar, quiero expresar, quiero dejar a un lado mi soledad.

## II

*Roberto y Mujer.*

MUJER.- ¿Eres consciente?

ROBERTO.- Todo ocurrió como en un sueño.

MUJER.- Aunque todo fue realidad.

ROBERTO.- Quería escapar.

MUJER.- ¿Y por qué no lo hiciste?

ROBERTO.- Siempre me miraba mal.

MUJER.- Figuraciones.

ROBERTO.- No, no... me humillaba.

MUJER.- Dime que te sugiere esta frase: “Todo llega a creer que existe cierto punto del espíritu en el cual la vida y la muerte, lo real y lo imaginario, lo alto y lo bajo dejan de ser percibidos contradictoriamente”.

ROBERTO.- Demasiado intelectual.

MUJER.- No me engañes. Siempre has leído mucho.

ROBERTO.- Para matar el tiempo.

MUJER.- ¿No valoras ese tiempo?

ROBERTO.- Como tortura.

MUJER.- Entonces donde colocas tu frontera entre realidad e imaginación.

ROBERTO.- En el cubo de la basura.

MUJER.- Escapas.

ROBERTO.- Siempre que puedo.

MUJER.- ¿Y no piensas que puede ser cobardía?

ROBERTO.- No me importan sus valoraciones morales.

MUJER.- ¿Por qué te crees diferente a los demás?

ROBERTO.- Su pregunta es estúpida. Todos somos diferentes a los demás.

MUJER.- Creo que estamos llegando a un punto sin salida.

ROBERTO.- Me alegra.

MUJER.- Pero ella no tenía la culpa.



ROBERTO.- Casualidad. No tuvo suerte. Estaba en el lugar equivocado.

MUJER.- ¿No hubo rencor?

ROBERTO.- En absoluto. Fue el azar.

MUJER.- Puedes retirarte.

## II

*Mujer y Alicia.*

MUJER.- Así que nunca sabes controlar tus emociones.

ALICIA.- A veces tengo dudas.

MUJER.- Pero sigues adelante.

ALICIA.- Primero me da placer. Luego sufro.

MUJER.- ¿Sientes dolor?

ALICIA.- Sí.

MUJER.- ¿Sientes ira?

ALICIA.- Sí.

MUJER.- ¿Sientes culpa?

ALICIA.- No.

MUJER.- ¿Entonces?

ALICIA.- Creo que la culpa es de los otros.

MUJER.- ¿Por qué?

ALICIA.- Porque ellos me agreden, me perturban, me molestan, me impiden ser yo misma.

MUJER.- ¿Y respondes atacando?

ALICIA.- Hago lo que haría un niño que se siente acosado.

MUJER.- Pero ya no eres una niña.

ALICIA.- No sé qué es ser un adulto.

MUJER.- Alguien que razona con madurez.

ALICIA.- Eso sería renunciar a lo que realmente pienso.

MUJER.- Aunque causes dolor a los demás.

ALICIA.- Igual que ellos a mí.

MUJER.- ¿Te gusta hacer daño?

ALICIA.- Me gusta sentir mi propio placer.

MUJER.- ¿Te gusta hacer daño?

ALICIA.- Yo no lo siento.

MUJER.- ¿Te gustan los hombres?

ALICIA.- Algunos.

MUJER.- ¿Te gustan las mujeres?

ALICIA.- Algunas.

MUJER.- ¿Te gusta la violencia?

ALICIA.- Me excita.

MUJER.- ¿Te gusta escribir?

ALICIA.- Sobre todo poesía.

MUJER.- ¿Las guardas?

ALICIA.- En un cajón con llave.

MUJER.- ¿Por qué no las enseñas?

ALICIA.- No quiero que se rían de mí.

MUJER.- Eso es un prejuicio.

ALICIA.- Aquel hombre se rió de mí.

MUJER.- ¿De tu poesía?

ALICIA.- Sí. (*Recita:*)

En la plaza del mercado amontonan ramas secas

Un matorral de sombras no es un buen abrigo.

Habito

Mi propia imagen de cera, el cuerpo de una muñeca.

El malestar comienza aquí: soy blanco de las brujas.

Solo el diablo puede con el diablo.

En el mes de las hojas rojas, me subo a un lecho de  
[fuego.

MUJER.- Deberías enseñar tus poesías.

ALICIA.- Solo cuando esté muerta.

### III

*Mujer y Carlos.*

MUJER.- ¿Fue un día de verano?

CARLOS.- Sí. Recuerdo que hacía mucho calor.

MUJER.- ¿Fue lo que te perturbó?

CARLOS.- Sobre todo fue estar rodeado de tanta gente.

MUJER.- ¿No te gusta la gente?

Carlos.- Me produce asfixia.

MUJER.- ¿Te ahogas?

CARLOS.- Es algo interior. Algo mucho más que físico.

MUJER.- Como una pesadilla...

CARLOS.- Un sueño no es real... mi ahogo, sí.

MUJER.- ¿Sueñas con frecuencia?

CARLOS.- Casi nunca me acuerdo de mis sueños.

MUJER.- ¿Intentas recordarlos?

CARLOS.- ¿Para qué?

MUJER.- Su interpretación podría ayudarte.

CARLOS.- No me hable como si esto fuera una película.

MUJER.- ¿Y que es esto?



CARLOS.- Un vulgar interrogatorio.

MUJER.- Recuerda por que estás aquí.

CARLOS.- Y no me tiene miedo.

MUJER.- ¿Emplearías otra vez la violencia?

CARLOS.- Pelea

Disputa

Combate

Riña

Contienda

MUJER.- ¿A qué te remiten esas palabras?

CARLOS.- Placer.

MUJER.- ¿Culpabilidad?

CARLOS.- Ninguna. Me defiendo.

MUJER.- ¿Y si no te han atacado?

CARLOS.- Ellos siempre están dispuestos a hacerlo.

MUJER.- ¿Ellos?

CARLOS.- La gente.

MUJER.- Hay muchos tipos de gente.

CARLOS.- Yo no los distingo.

MUJER.- Quizás no te esfuerzas.

CARLOS.- ¿Para qué voy a hacerlo? Amo la violencia.

MUJER.- ¿Y si se vuelve contra ti?

CARLOS.- Pelea

Combate

Enfrentamiento

Sangre

MUJER.- ¿Y las cicatrices?

CARLOS.- Trofeos de guerra.

## IV

*Mujer y Raquel.*

MUJER.- ¿Te gustan los juegos de palabras?

RAQUEL.- Me gustan los libros de cocina.

MUJER.- Entonces ¿te gusta cocinar?

RAQUEL.- No. Solo leer libros de cocina.

MUJER.- ¿Y novelas?

RAQUEL.- Odio los cuentos y las narraciones.

MUJER.- ¿Y el teatro?

RAQUEL.- Me parece obsceno.

MUJER.- ¿Por qué?

RAQUEL.- Ver y oír un cuerpo de otro en un escenario  
haciendo una representación de otros que no son ellos...  
me repugna.

MUJER.- Tal vez no lo has entendido.

RAQUEL.- ¿Y qué es lo que hay que entender?

MUJER.- Su sentido.

RAQUEL.- No tiene sentido algo sin sentido.

MUJER.- ¿Juegas con las palabras?

RAQUEL.- También leo poesía.

MUJER.- ¿Te calma?

RAQUEL.- Me hace ver imágenes ocultas.

MUJER.- ¿Puedes decirme alguna de esas poesías que te gustan?

RAQUEL.- Solo porque estamos solas.

MUJER.- Adelante.

RAQUEL.- Y mi hija, mírala tumbada bocabajo en el suelo  
Una marionetilla sin hilos, pataleando  
    [desesperadamente por desaparecer.  
Porque es una esquizofrénica.  
Da miedo verla así, con la cara roja y blanca.  
Y todo porque arrojaste sus gatitos por la ventana  
A una especie de pozo de cemento  
Me siento atontada y lenta por culpa del  
    [somnífero de ayer  
La humareda de la cocina, la humareda del  
    [infierno  
Flota sobre nuestras cabezas, dos oponentes  
    [ponzoñosas,  
Nuestros huesos, nuestros cabellos  
Yo te llamo huérfana, huérfana. Estás enferma.

MUJER.- Algo triste.

RAQUEL.- Más triste es la vida.

MUJER.- ¿Por eso lo hiciste?

RAQUEL.- Eras parte del problema.

MUJER.- ¿Y ahora ya no lo sientes?

RAQUEL.- Ahora se ha trasladado. Yo soy el problema.

## V

*Roberto, Alicia, Carlos, Raquel. Unos personajes sentados. Parecería que están en torno a lo que pudiera ser una sesión de terapia. Algo similar a las típicas reuniones de unos «alcohólicos anónimos». Luz escasa. La mujer en un rincón.*

ROBERTO.- Huyes. Parece que el silencio sería la solución. Mentira. Estás en otro lugar y todo parece una fotografía de un paisaje anterior. Recuerdas como desgarraste aquella piel que se ofrecía suave, dulce para la caricia. Te irritó y tomaste el cuchillo. Punto y aparte. Hilillos de sangre. Oyes el primer chillido. Golpeas su mandíbula. Cae de golpe. Ahora puedes actuar despacio, con delectación. Música de Scarlatti. La hoja afilada dibuja figuras abstractas sobre su geografía. El fluir de



---

la sangre te excita y notas como tu polla se endurece. El último corte limpio, preciso, seguro es sobre su yugular. Se ha ido sin sentir nada. Un tránsito placentero. Un chorro de semen.

ALICIA.- Siempre dudé de sus decisiones. Era guapo, amable, el número uno de la clase. Las muchachas se lo comían con la mirada. Yo me hacía la fuerte. Le evitaba. Un día se organizó una fiesta. Allí estaba él, altivo y seguro de sí mismo. Pasó cerca de mí. Me ignoró. Le vi a lo lejos. Estaba besándose apasionadamente con la rubia a la que siempre desprecié desde el silencio. Bebían. Bailaban. Yo solo miraba. La noche avanzaba lenta. Casi de madrugada toda la gente estaba muy borracha. Era el momento. Me acerqué a él y le dije cualquier tontería. No se extrañó de nada. Me miró de arriba abajo para comprobar si le merecía la pena añadir en su canana una conquista más. Dudó. Rápidamente le puse la mano en la polla. Se rió abalanzándose sobre mí. Hice un quiebro y salí corriendo. Me siguió. Aquel jardín donde se

celebraba la fiesta era espeso y oscuro. Llegamos cerca del gran árbol. Se bajó los pantalones y aparecieron unos horribles calzoncillos que no hacían juego con el estilo que se le suponía. Estaba muy borracho. Me escondí detrás del árbol. Me intentó seguir pero trastabilló y cayó con rotundidad. Tomé el trozo de tronco que antes había preparado y se lo estrellé contra su cabeza. Quedó inerte, pero su pene aún estaba fuertemente empalmado así que me bajé las bragas y yo misma me inserté en su miembro. Subí y bajé varias veces hasta que sentí que aquello se desmoronaba como un castillo de arena. Su imagen era ridícula. Me puse a gritar. Lo que vieron fue a una muchacha llorando desesperadamente, con sus muslos ensangrentados por el feroz desvirgamiento que un desaprensivo y guapo muchacho había cometido minutos antes. Nadie se extrañó de que la cabeza del mismo estuviera echa añicos. La muchacha en su desesperación no había controlado sus emociones.

CARLOS.- El calor, fue el calor. Salí a la calle y vi como la

---

gente enloquecida gritaba consignas. Por un momento pensé que solo era una manera de sacar tanta tensión como se había acumulado en los últimos días. Cuando pasaron al lado de mi puerta no pude contenerme, fue como un imán. Me uní a la muchedumbre y entoné sus cánticos con más vigor que ellos mismos. Era como una borrachera. Cada vez más y más gente. La atmósfera se cargaba y la energía del grupo parecía incontrolable. De pronto alguien lanzó una consigna. Fue como la mecha que haría estallar el polvorín. Como una sola persona nos dirigimos al supermercado de una importante cadena transnacional. Cierto que los cierres estaban echados y dentro tres guardias de seguridad esgrimían sus pistolas. De nada sirvió, el cierre cayó después de varias embestidas y aunque los guardias lanzaron varios tiros al aire, nada más vieron que la multitud se lanzaba sobre ellos, corrieron a refugiarse detrás de las cajas registradoras. Todos estábamos como enloquecidos y ante el panorama de la enorme superficie llena de alimentos, ropas o electrodomésticos se oyó un bramido

general que pronto se convirtió en aullidos desesperados de lucha por el botín. ¿Por qué me vi peleando por aquel estúpido utensilio que nunca habría pensado comprar? Nunca lo sabré. Lo que sí sé ahora, es que la furia me embargó de tal modo que cuando sentí aquellas manos queriéndome arrebatarme mi trofeo cogí un destornillador que había tirado en el suelo y se lo clavé en pleno cuello. El chorro de sangre que salió disparado se me estrelló directamente en la cara. Su cuerpo cayó como un muñeco roto y empecé a patearlo con saña. En aquella ceremonia de confusión nadie parecía acordarse de nada ni de nadie. A lo lejos se oyeron las sirenas de los coches de policía. Fue la señal para una nueva estampida. Corrí hacia las destrozadas puertas y luego calle abajo en una huída desenfrenada. Al llegar a aquel parquecillo me paré y vi que no me seguía nadie. Muy a lo lejos se oían los ecos de una batalla urbana. Entonces pude ver como en mi mano derecha aún conservaba el trofeo por el que había matado a aquel infeliz: una simple y espantosa Tostadora Multipan.

---

RAQUEL.- Mi tía era odiosa. Tardes y tardes escuchando sus historias sobre la guerra civil. Los mártires fusilados por los rojos, las iglesias quemadas y saqueadas por turbas encorajinas por el mismo demonio, la abnegación de los falangistas, el indomable carácter del llamado Caudillo. Nunca conocí a mis padres. Ella dice que se fueron a América, pero alguien, una vez en clase me dijo que mejor los buscara en Rusia. Da igual. Cuando se crece en el vacío nunca tienes horizonte. Para mí el tiempo siempre fue una medida equivocada. Era como si no pasara, un espacio suspendido. Continuamente oyendo los consejos y las prédicas de mi tía. ¿Tenía que estarle agradecida por haberme criado? Los mensajes siempre iban en esa dirección. Apenas hablaba. Me llamaban autista. Y los discursos a mí alrededor me iban taladrando el cerebro, aunque nunca se me oyera una queja. Hasta que un día cayó en mis manos una novela. Era la historia del gran amor de un tipo que está tan ciego por una mujer que no siente como ella le va envenenando poco a poco. Y así fue como trasladé la

lejana narración a mi vida cotidiana. En el desván donde pasaba largas horas entre muebles y trastos viejos fui diseñando la estrategia a partir de encontrar dos piezas claves para mi plan: un libro de cocina y un paquete con un matarratas que según el prospecto que contenía era de un valor infalible. A partir de aquel día empecé a preparar a mi tía toda una variante de platos sacados del recetario olvidado. Con una calculada precisión fui poniendo pequeñas cantidades del raticida en los platos que ella engullía, ajena al envenenamiento progresivo que iba sufriendo. Fue cuestión de pocos meses. Una noche sentí como gritaba. Decía que se quemaba por dentro, que se le desgarraban las entrañas. Yo le di un vaso de agua al que, lógicamente, había añadido una última dosis del veneno. Murió una hora después. Una fatalidad, dijeron, ya que ahora sí me quedaba totalmente sola.

CARLOS.- Paisajes.

RAQUEL.- Es difícil avanzar.

ROBERTO.- Treinta y seis escalones separaban los pisos.

ALICIA.- ¿Es más limpio un corte de cuchillo o un golpe de hacha?

RAQUEL.- El veneno es más aséptico.

CARLOS.- Pero la sangre es más excitante.

ROBERTO.- No quiero que me llamen loco.

RAQUEL.- No estás loco.

ALICIA.- Habrá que acostumbrarse a vivir con los ruidos.

CARLOS.- ¿Qué ruidos?

ALICIA.- Los de las puertas cerrándose.

ROBERTO.- Podríamos salir y todo dejaría de oírse.

RAQUEL.- Nadie nos espera ahí afuera.

ALICIA.- A mí, sí.

CARLOS.- Mientes.

ALICIA.- No sé mentir.

ROBERTO.- Un juego.

RAQUEL.- Mentir.

ROBERTO.- Huir.

ALICIA.- Reír.

CARLOS.- Sentir.



RAQUEL.- Ya no quedan puertas.

ROBERTO.- ¿Por qué las cerraste?

ALICIA.- Para no poder salir.

CARLOS.- En la plaza del mercado amontonan ramas secas.

ROBERTO.- Un matorral de sombras no es un buen abrigo.

ALICIA.- Habito mi propia imagen de cera, el cuerpo de una muñeca.

RAQUEL.- El malestar comienza aquí: soy blanco de las brujas.

CARLOS.- Solo el diablo puede con el diablo.

ALICIA.- En el mes de las hojas rojas, me subo a un lecho de fuego.

ROBERTO.- Es fácil culpar a la oscuridad: la boca de una puerta, el vientre de la bodega.

ALICIA.- Han apagado mi bengala.

RAQUEL.- Una dama vestida de negro me tiene encerrada en una jaula de loro.

CARLOS.- ¡Qué ojos tan grandes tienen los muertos!

ALICIA.- Vuelco mi intimidad con un espíritu peludo.

ROBERTO.- El humo da vueltas desde el pico de este frasco vacío.

RAQUEL.- Si soy pequeña no puedo hacer daño.

ALICIA.- Si no me muevo, no tiraré nada. Es lo que dije, sentada bajo la tapa de un bote, diminuta e inerte como un grano de arroz.

CARLOS.- Madre de escarabajos, suelta la mano.

ROBERTO.- Volaré por la boca del cirio como polilla que no se quema.

RAQUEL.- Devuélveme la forma.

ALICIA.- Estoy dispuesta a interpretar los días que copulé con el polvo a la sombra de una piedra.

RAQUEL.- Mis tobillos se iluminan.

ALICIA.- Ascende la luz por mis muslos.

RAQUEL.- Envuelta en toda esta luz, estoy perdida, perdida.

ROBERTO.- Y no poder despertar.

CARLOS.- Soportar el gran silencio.

ALICIA.- Despertadme de una vez.

ROBERTO.- Estás despierta.

ALICIA.- No es posible.

CARLOS.- Aquí todo es posible.

RAQUEL.- Suena a cuento.

ROBERTO.- A un mal sueño.

ALICIA.- Voy a abrir la puerta.

*Silencio. Nadie se mueve.*

CARLOS.- Meditaré sobre la normalidad.

ALICIA.- Volveré a dormir.

RAQUEL.- El futuro es un buitre gris.

ROBERTO.- Un tigre sin cabeza.

CARLOS.- Dragones atravesados por flechas de cristal.

RAQUEL.- Un león dormido.

ALICIA.- ¡Basta! El último que salga que apague la luz.

*Oscuro.*

## VI

*Mujer. Al fondo, casi una sombra, el analista.*

MUJER.- Veo una península rodeada de agua. Las olas rompen violentamente sobre la playa. En la península hay una palmera torcida hacia el agua. Una mujer está abrazada al tronco y se inclina todo lo posible sobre el agua. Un hombre trata de alcanzar la tierra. Finalmente, la mujer se acuesta en el suelo, se aferra con la mano izquierda a la palmera y tiende cuanto puede la derecha hacia el hombre que está en el agua, pero sin alcanzarlo.

Con esto me caigo del lecho y me despierto. Tenía quince o dieciséis años cuando me di cuenta de que yo misma era esa mujer, y desde entonces no solo he compartido la angustia de la mujer por el hombre, sino que a veces también aparezco como espectadora

---

indiferente, contemplando la escena. Al despertarse mi interés por el sexo masculino –entre los dieciocho y veinte años– trataba de reconocer el rostro del hombre; pero jamás pude lograrlo, pues la espuma de las olas solo dejaba ver la nuca y la parte posterior del cráneo. Estuve comprometida dos veces; pero según la cabeza y la forma del cuerpo, no se trataba de ninguno de mis novios. Pasado el tiempo y estando una vez tratándome en el sanatorio, en un momento de efecto de los fármacos vi el rostro del hombre, que desde entonces aparece en todos los sueños. Es el médico que me trataba en el sanatorio y que, si bien me resulta simpático, no me atrae para vínculo alguno.

Sigo soñando, sigo con mis voces internas, sigo con mis pesadillas. Me duermo y se me aparece la serpiente camuflada entre rocas negras. Me despierto sobresaltada para volver a dormir con un dedo doblado. Ahí lo primero que vi fue el puro aire y las gotas que se elevaban en rocío puras como espíritu. Había muchas piedras alrededor, densas y sin expresión.

Por favor, enciendan la luz... no quiero dormir a oscuras.

*Oscuro.*

**FIN**



